nuestro asenso: pues para esto seria necesario negar la infalibilidad de Dios, ó sostener que puede engañarse y engañarnos, á pesar de ser infalible: negar la existencia del hecho, ó sostener que á pesar de la evidencia con que se demuestra, debe siempre considerarse como una fabulosa impostura. Para negar la infalibilidad de Dios, es preciso marchar al ateismo, porque un Dios falible es un Dios finito, un Dios imperfecto, un Dios contingente; y un Dios de tal naturaleza ni aun concebirse puede, como largamente lo hemos demostrado. [1] Para creer que, no obstante su infalibilidad, puede engañarse ó engañarnos, es indispensable perder el juicio; porque solamente un loco puede considerar como igualmente verdaderas é idénticas, en toda la extension de la palabra, dos proposiciones contradictorias. Para creer que la Iglesia es falible, se necesita nada ménos que desconocer su mision divina, ó sostener que á pesar de la infalibilidad que le ha prometido Dios para todos los siglos, puede engañarse ó engañarnos; dos cosas igualmente imposibles desde que se tienen las ideas de hecho y de derecho que sirven de principio á estas grandes cuestiones.

Resulta de lo expuesto, que tenemos una perfecta certidumbre sobre los motivos de la fe, desde el momento en que llegamos á convencernos de las siguientes verdades:

Dios existe:
No puede engañarse ni engañarnos:
Ha revelado tal ó cual cosa.
La Iglesia existe:
Tiene una mision divina.
Esta mision la constituye infalible.
Ha definido tal ó cual punto.

Para comprender la verdad y sentir la evidencia de todas estas proposiciones, bastan los recursos naturales: el uso recto de la razon nos suministra juntamente los datos y el criterio; y así este como aquellos nos ponen sin esfuerzo en la posesion tranquila de la verdad.

No nos detenemos en demostrar particularmente cada uno de los principios que quedan enunciados, porque ya lo hemos hecho en las obras que preceden, y que hemos anticipado para que sirvan de antecedentes á las que siguen.

En la obra que tiene por título *Estudios fundamentales*

1 En nuestra obra intitulada: Estudios fundamentales sobre el hombre. Libro II.

sobre el hombre, considerado bajo el triple aspecto de la religion, de la moral y de las leyes, demostramos filosóficamente, en el libro segundo, que Dios existe, que no puede engañarse ni engañarnos. En los libros sexto y sétimo probamos la necesidad, posibilidad y existencia de la revelacion, hablando separadamente de los libros y sus autores, de los enviados y su mision, de la religion y su plan. De esta manera probamos igualmente la existencia, mision divina y autoridad infalible de la Iglesia católica. Todo esto reune y fija de tal suerte nuestras convicciones en favor de la existencia y verdades reveladas por Dios y definidas por la Iglesia, que no podemos rehusarles el homenaje de nuestro entendimiento, por oscuras y misteriosas que sean en sí mismas las cosas reveladas; y por esto dijo el apóstol San Pablo, que el homenaje de nuestra fe á la verdad infinita del Señor, es un *obsequio racional*.

CAPITULO III.

OSCURIDAD DE LA FE.

La fe es tan clara y evidente en sus motivos de credibilidad, como impenetrable y oscura en los grandes objetos que propone á nuestra razon. Sus dogmas fundamentales se han designado, y con mucha exactitud, con el nombre de misterios, porque el entendimiento mas privilegiado es incapaz de analizarlos y comprenderlos. Sin embargo, estas tinieblas encierran, por explicarnos así, un torrente de luz para las inteligencias fieles, al paso que sirven de pretexto á los talentos orgullosos de la incredulidad, para combatir osadamente desde los primeros principios hasta las mas remotas consecuencias de la religion cristiana. Desalojados sucesivamente de todos los puntos en que habian querido fortalecerse contra la verdad revelada, se acogieron á las tinieblas de la fe, como á un muro inaccesible al poder de la demostracion evangélica; y por un arte inconcebible, miéntras los antiguos sábios del gentilismo arrastrados por el poder de sus inducciones consagraban sus homenajes religiosos al *Dios desconocido;* los filósofos de la edad moderna se han empeñado en suprimir á Dios del catálogo de los seres, porque se halla cubierto por mil partes con las sombras del misterio. ¡Extraña contradiccion de la naturaleza humana! reconocer la existencia de Dios en la necesidad de

un Ser esencial é infinito, y desecharla porque no cabe su esencia en el mezquino teatro de nuestras miradas. Si la revelacion no contuviese misterios; si la razon humana pudiese recorrer la extension de la verdad eterna, este seria el argumento mas claro, la prueba mas incontestable de que el hombre era Dios, ó de que Dios no era mas que un hombre. Opongamos pues á estas miserables cavilaciones de los espíritus incrédulos una reflexion sencilla, pero bastante no solo para resignarnos con las oscuridades de la fe, sino para reconocerlas al mismo tiempo como el objeto mas conforme á las relaciones que nos unen con el Autor del espíritu y del pensamiento.

Los dogmas de la fe son esencialmente oscuros para el hombre durante su vida mortal; pero léjos de formar un motivo que le lleve á rehusarle su asenso, constituye un depósito de luz para la inteligencia, y de consuelos para la voluntad.

Son esencialmente oscuros. Llamamos esencial á aquello sin lo cual una cosa no puede concebirse ni existir; y como la fe no puede concebirse ni existir sin misterios, y por consiguiente, sin oscuridad, hemos sostenido que sus dogmas son esencialmente oscuros para el hombre durante su vida.

La fe consiste en creer lo que no se ve ni con los ojos del cuerpo, ni con los ojos del espíritu; y como el hombre ve cuanto es claro, distinto y comprensible para su inteligencia, malamente se diria que tenia fe de los dogmas, si ellos estuviesen al nivel de su propia razon.

Este concepto es conforme á la razon, y está igualmente apoyado en los documentos de la Escritura Santa, y en la unánime tradicion de los Padres de la Iglesia. "Predica-
" mos, decia San Pablo á los fieles de Corinto, la sabiduría
" de Dios en el misterio; sabiduría escondida que predesti-
" nó Dios ántes de los siglos para gloria nuestra: sabiduría
" que ninguno de los príncipes de este siglo ha entendido.....
" y de la cual está escrito, ni ojo alguno vió, ni oreja oyó,
" ni pasó á hombre por pensamiento." [1] San Justino en su apología primera, números 31 y 53; Tasiano en su oracion contra los griegos, número 6; San Hilario en su tratado de la Trinidad, libro 8.°, número 10; San Basilio en el Salmo 105, número 2; San Agustin en su tratado 41 sobre el Evangelio de San Juan, número 1; San Juan Damasceno en el libro 4.° de la fe ortodoxa, capítulo 1.°; San Gregorio Magno en el libro 4.°, capítulo 6.° de sus diálogos; San Bernar-

1 Cap. 2.°, ℣℣ 7, 8 y 9.

do en el sermon 32, número 9 sobre los Cantares, y todos los demas Padres de la Iglesia y apologistas del cristianismo, enseñan en diferentes lugares de sus obras, con la mas concertada uniformidad, que los misterios de la fe son oscuros é inaccesibles á la razon humana.

Para concluir esta prueba harémos una sencilla reflexion. ¿Por qué ha revelado Dios ciertas verdades? Porque el hombre las habia menester, y no las podia descubrir. ¿Por qué no las podia descubrir? Porque eran inaccesibles á su inteligencia. ¿Y de dónde venia esta inaccesibilidad? De la naturaleza misma de los objetos revelados. ¿Qué consecuencia inferir de estas reflexiones? Una mui obvia, mui terminante y mui decisiva, conviene á saber: que los dogmas revelados están sobre la razon, y por tanto, que son para ella, durante la vida humana, objetos esencialmente oscuros y misteriosos.

Mas cuando damos este nombre á nuestros dogmas, estamos léjos de considerarlos como absolutamente ininteligibles: una cosa no es ininteligible porque sea incomprensible; de manera, que han hablado los filósofos con extrema falsedad, cuando pretenden que no se puede tener ninguna idea de lo que no se puede comprender. Comprender es tener actualmente todas las ideas que se refieren á un objeto, y poseerle con entera claridad y distincion. Entender es formarse una idea mas ó ménos clara, mas ó ménos confusa, mas ó ménos completa de los objetos de que se trata; y la experiencia nos enseña que podemos entender, por lo mismo, muchas cosas que no pueden caer en su totalidad bajo el dominio pleno de la razon humana. "Tal sucede con nuestros misterios: sin *comprenderlos*, esto es, sin concebir claramente todo lo que ellos contienen, el alma conoce, sin embargo, algo de lo que son. Cuando se oye hablar, por ejemplo, de la union del Verbo Divino con la naturaleza humana, se forma de esta union alguna idea, considerando la que hai entre el alma y el cuerpo, y concibe desde luego, que la Encarnacion es el vínculo mas estrecho que puede unir á la criatura con el Creador." [1] Hemos manifestado el apoyo que tiene la primera parte de nuestra proposicion, haciendo ver que la fe es esencialmente oscura, por razon de sus misterios, para el hombre durante su vida mortal. Pasemos adelante.

Mas esta oscuridad no es un motivo para rehusarles nues-

1 *Pressy.* Instruction pastorale sur l'accord de la foi et de la raison dans les mistères considérés en général. §. XX.

tro asenso. Negar una cosa porque no se ve ó comprende, á pesar de las razones claras y evidentes que por otra parte se tienen para fundar la certidumbre sobre la existencia de esta cosa misma, es uno de los mayores absurdos que han podido caber en los delirios de la razon: es convertir la impotencia en un derecho para destruir lo que existe; y cuando el hombre procede de esta suerte, parece decir á Dios: "Yo destruyo tu sabiduría, porque soi ignorante; y para aniquilar tu poder, no necesito de otro recurso que mi propia debilidad." Un ciego de nacimiento, dándose por satisfecho con el testimonio de los hombres que le rodean, confiesa sin violencia la existencia de la luz y del colorido, que ni ha visto jamas, ni puede comprender; pero un incrédulo se rebela contra la existencia de nuestros dogmas, á pesar de la evidencia que la confirma, tan solo porque no puede someterlos al poder miserable de su limitada razon: cree que es enemigo de ella lo que no se alista entre sus producciones naturales, é increible, por lo mismo, cuanto para él es incomprensible. "A creer lo que ellos afirman, la razon y la fe son dos soberanas enemigas ó rivales, que se disputan recíprocamente el imperio del mundo espiritual: los homenajes que exige la una, las leyes que impone, las sentencias que pronuncia son desaprobadas, contradichas, anuladas por la otra. ¡En dónde estariamos todos si así fuera! ¡no seria mui deplorable nuestra condicion, si no pudiéramos llegar á ser racionales, sino dejando de ser fieles, ó conservar este último carácter, sin dejar de ser racionales! [1] En vano han pretendido los incrédulos hallar contradiccion en la simple superioridad, declarar contra la razon lo que solamente está sobre ella y sostener que ella no podrá hacer verdaderos progresos sino despues de haber inmolado en sus aras la autoridad y los dogmas de la fe.

"Observemos, dice el autor citado, que la diversidad de la razon y la fe no es argumento para desconocer en ambas dos rayos del mismo *sol de inteligencia,* [2] que ilumina á todos los espíritus; dos emanaciones del mismo sol de verdad *que no puede ni mentir ni desdecirse,* [3] dos hijas del mismo *padre de las luces, de quien baja todo perfecto don.* [4] La una es aquella luz natural, primitiva y universal, que difundió el Creador en el alma de todos los hombres, y que por

1 *Pressy.* Disertacion citada. §. I.
2 Sap. cap. V, ℣ 6.
3 II Timoth. cap. II, ℣ 13.
4 Jac. cap. I, ℣ 17.

la evidencia de los principios y el claro y perceptible enlace de las consecuencias, arrastra su convencimiento desde el instante mismo en que fija su atencion. La otra es aquella luz sobrenatural, mezclada de sombras y tinieblas, que nos descubre objetos superiores á nuestra inteligencia, misterios que somos incapaces de comprender, que ni aun podemos concebir sino con oscuridad; pero que debemos creer firmemente por la claridad de los motivos que muestran que Dios ha hablado, dando testimonio de esto con indubitables prodigios. Verdad es que la fe no nos hace evidente lo que ha dicho y lo que debemos creer; pero lo es así mismo, que la razon nos hace evidente que lo ha dicho y que debemos creerlo."

"No tienen ambas otra pretension, otro interes ni otro objeto, que el conocimiento, el amor y el triunfo de la verdad. Dirigiéndose con un paso firme hácia este objeto, sin precipitacion, sin imprudencia y sin prevencion, ambas son guiadas por la sabiduría, que para hacerlas ocupar un medio laudable entre dos extremos vituperables, las aleja igualmente, no solo de todo artificio, de todo engaño y de todo sistema impío, cosas que ellas odian, detestan y abominan, sino tambien de toda simplicidad supersticiosa, de toda necia credulidad y de todo extravagante fanatismo que desprecian, reprueban y condenan. Una y otra, auxiliándose mutuamente, recorren sin extraviarse los vastos campos de la filosofía y de la teología, subiendo con seguridad, aunque por diversos caminos, á la misma fuente de la veracidad divina, incapaz de inducirnos á error, ni en el órden de la naturaleza, ni en el de la gracia. Animadas del mismo deseo de instruirse, pasean sus miradas, aunque diferentes, por la misma cadena de verdades, cuya union es indisoluble: cadena inmensa, que abraza todos los objetos, todos los tiempos, todos los lugares, y que extendiéndose desde lo mas profundo de los abismos hasta lo mas alto de los cielos, se eleva infinitamente sobre nosotros. Nuestras miradas son mui débiles para descubrir desde aquí abajo todos los anillos que la componen. Muchos eslabones intermedios, que ligan los extremos, escapan á nuestra vista; otros le parecen dislocados, ó rotos, ó desunidos; mas á pesar de estas apariencias engañosas, ellos no están ménos enlazados: los mas distantes, que ó no vemos absolutamente, ó solo podemos entrever, no están ménos unidos que los que se hallan cerca de nosotros, y tocamos, por decirlo así, con el dedo y con el ojo. Ahora bien, repugnando manifiestamente que dos cosas sean y no sean al mismo tiempo, es evidente que las

verdades no pueden contradecir á las verdades. Es claro que Dios, mostrando las unas por la antorcha de la razon, que si no es mas luminosa, es al ménos mas útil en las manos de la religion, no puede oponerse al mismo Dios que muestra las otras por el resplandor sombrío de la revelacion, á quien esta misma antorcha nos da á conocer que es racional darle crédito. Luego la fe y la razon, léjos de contrariarse y ser inconciliables, *se dan*, como dos hermanas íntimamente unidas por la amistad y el interes, un *ósculo mutuo*, un socorro recíproco, y guardan la mas perfecta armonía." [1]

La misma naturaleza física, que se halla en inmediato contacto con todos nuestros sentidos, que se docilita de continuo á las experiencias mas minuciosas, y que por lo mismo parece no debia tener un solo punto que no fuese bastante claro para nuestra razon, la sorprende á cada paso con misterios impenetrables. Casi no hai órden de investigaciones físicas que no tenga un fondo de tinieblas inaccesibles; y no parece sino que Dios quiso mostrarse en el cuadro sublime del universo no solo en la hermosa claridad que lo ilumina, sino tambien en las tinieblas que rodean por todas partes el verdadero carácter y la naturaleza de muchos agentes físicos. Sin embargo, los naturalistas nunca ponen en problema la existencia de estos agentes; y resignados con su impotencia para penetrar en un órden mas alto de causacion, consagran todos sus trabajos á sacar el mejor partido posible de los fenómenos y de los efectos que les es permitido comprender.

Entre estos mismos fenómenos hai algunos que por su naturaleza parecen, no solamente sobre la razon, sino contra las indicaciones mas sencillas del sentido comun. Tal sucede con el principio de todos los fenómenos producidos por el magnetismo y la electricidad. Por una parte nada podemos columbrar de la naturaleza de estos principios, sobre cuya existencia nos dan un testimonio evidente sus mismos efectos; y por otra vemos cambiar los efectos de la identidad y oposicion en todo el sistema atractivo y repulsivo del magnetismo y la electricidad. Sin embargo, á nadie le ocurre negar esto porque no lo comprende, á pesar de que por su naturaleza misma parece que debia estar sometido al omnímodo poder de la inteligencia. ¿No es pues el último de los absurdos, la mayor de las extravagancias y la mas visible de las inconsecuencias, rehusar nuestro asenso á los misterios divinos, que por su naturaleza, su orígen y su ge-

1 *Pressy.* Instruccion citada. §. II.

rarquía no son, no pueden ni deben ser nunca una conquista de la razon humana? Si queremos confirmar esta doctrina con una autoridad reconocida entre los incrédulos, nos basta trascribir aquí literalmente las palabras de Bayle. Este coríféo de los impíos, este hombre deplorablemente fecundo y funestamente famoso, arrastrado por la fuerza de una conviccion irresistible, confiesa que la *incomprensibilidad de un dogma no es una razon para desecharle; que la veracidad de Dios es la nocion mas evidente del espíritu humano, y que el mas alto grado de certidumbre conviene á este axioma filosófico: Dios no puede engañarse ni engañarnos, debe ser siempre creido sobre su palabra.* [1]

Sin embargo, *estas cosas son increibles*, clama simultáneamente la inmensa turba de los filósofos impíos, y son increibles, porque son inconcebibles. "¡Oh hombres verdaderamente ciegos, aunque os creeis los mas ilustrados de los hombres! no imagináis vosotros que con explicaros de este modo pronunciáis vuestra propia sentencia: porque no podéis ménos de convenir en que estos misterios, calificados por vuestra osadía de ménos creibles, han sido siempre creidos por todas las naciones, aun las mas espirituales, por una multitud innumerable de personas que no han compuesto una masa de insensatos capaces de creer desvaríos, absurdos y locuras. ¿Por quiénes han sido creidos? No tan solo por el pueblo simple, compuesto de almas groseras, ignorantes y supersticiosas, fáciles de creerlo todo sin examinarlo, sino tambien por los sabios y por los ingenios de primer órden que los han profundizado; por los santos doctores y por los Padres de la Iglesia, que, segun el juicio de un escritor respetable aun para la incredulidad misma, han sido las mejores cabezas, las cabezas mas fuertes, y las mas sensatas de su siglo, y cuyas obras, marcadas con el sello de la inmortalidad, han sido la admiracion de las edades siguientes. [2] ¿Sobre qué autoridad han sido creidos estos misterios, por increibles que parezcan? Sobre la autoridad del mismo Dios, que para obligar á creerlos ha obrado una multitud de milagros demostrados, cuya evidencia palpable, mucho mas clara en clase de hechos sobrenaturales, que oscuros son estos misterios en materia de doctrina revelada, disipa ó aleja las nubes que podria hacer nacer en los espíritus la oposicion aparente entre las tinieblas de la fe y las luces de la razon. ¿Con qué fe han sido creidos, sobre todo, por los primeros

1 Œvres de Bayle, tom. 4, pág. 47, tom. 2, pág. 770, tom. 4, pág. 20.
2 *La Bruyère.* Les caractères ou les mœurs de ce siecle, pág. 571.

cristianos, que á pesar del imperio de las pasiones y la fuerza de las preocupaciones del nacimiento y de la educacion, abandonaron la religion cómoda de sus padres, para abrazar y practicar la moral austera del Evangelio? Con una fe tan viva, tan vigorosa, que millares de mártires, entre los cuales es notorio que hubo filósofos ilustres y sabios distinguidos, arrostraron suplicios espantosos y la muerte misma, con una fe tan firme y tan constante, que á pesar del furor de las persecuciones, no obstante el desencadenamiento de los vicios y los desastres causados por las herejías, subsiste mil setecientos años há, siempre combatida, siempre victoriosa, y haciendo aún diariamente nuevas conquistas en el Nuevo mundo." [1]

CAPITULO IV.

MERITO DE LA FE.

Por *mérito* entendemos todo lo que nos hace dignos de alguna consideracion ó recompensa. Merecer es hacerse acreedor, por medio de un acto deliberado y bueno, á tal ó cual recompensa. Todo acto bueno que se practica, está contrapuesto á un acto contrario que se repele: porque la libertad humana, situada siempre entre el mal moral á cuya práctica la invitan las pasiones, y el bien moral á donde se siente impelida por la voz de la conciencia, nunca ejecuta el segundo, sino á costa de mil esfuerzos, con que triunfa de los obstáculos que le oponen las inclinaciones viciosas. Resulta de lo expuesto, que donde hai acto bueno deliberado, hai un mérito positivo, y por consiguiente un título para esperar la debida recompensa. Aplicando estas nociones á la fe, se advierte desde luego, que ella en el hombre es un acto deliberado y bueno, por consiguiente un sacrificio, y por última consecuencia un mérito.

Un acto que se verifica con pleno conocimiento y absoluta deliberacion, es un acto humano, un acto deliberado y sometido por su naturaleza á la pena ó al premio que establece la lei á que tal acto se refiere. El que cree, conoce perfectamente que presta su asenso á lo que no comprende, y al mismo tiempo experimenta el poder que tiene de no prestar este asenso. Luego la fe es un acto deliberado. La

1 *Pressy.* Id. §. IV.

mejor prueba de esto son los hechos mismos, pues en el mundo encontramos en multitud así á los incrédulos como á los fieles, y por tanto es excusado empeñarnos en el desarrollo de esta prueba.

Que la fe es un acto bueno, es una verdad igualmente incuestionable. Reconocer á Dios como la verdad misma, y creer en su palabra; reconocerle como la Omnipotencia, y tener confianza en sus promesas; reconocerle como el bien infinito, y someter nuestra voluntad á la suya: he aquí la fe en su mas grande latitud; y he aquí un acto bueno, y tanto, que sin él ninguna cosa podria llevar este nombre; porque sin la fe, ni hai verdad, ni hai poder, ni hai felicidad: sin la fe, nada es pues intrínsecamente bueno; pues no puede obtener esta calificacion ningun acto que excluya la sumision de nuestro entendimiento, de nuestra voluntad y de nuestra libertad, al entendimiento, á la voluntad y á la libertad de Dios.

Probado que es un acto deliberado y bueno, y siendo notorio que ningun objeto humano deja de presentar al hombre obstáculos diversos para su adquisicion, es evidente, que la fe es un sacrificio y por consiguiente un mérito. Por mui evidentes que sean para el hombre los motivos de credibilidad, nunca dejan de ser impenetrables y oscuros los dogmas augustos que someten su razon; y esto basta sin duda, para que su fe nunca pueda reposar tranquila entre los asaltos continuos del orgullo de la ciencia y las pretensiones exageradas de la razon humana. Nuestra fe es un *obsequio racional;* pero no de aquellos que nada cuestan al hombre. Ella, como todos los homenajes tributados á la virtud, son eminentemente racionales y justos; pero jamas llegan á ofrecerse, sino cuando el hombre ha conseguido en la respectiva línea una victoria completa sobre sus pasiones. Un enfermo reconoce y comprende la necesidad en que se halla de someter su cuerpo á la accion dolorosa de una medicina fuerte; mas no por esto deja de padecer obedeciendo al dictámen de su razon; y la evidencia de los motivos con que procede, no destruye su sacrificio. Miéntras haya pues tinieblas, objetos incomprensibles, contrariedades aparentes para la razon humana, no dejará de haber en ésta, trabajo, esfuerzo, lucha y mérito, cuando se somete dócilmente á la palabra infinita que le revela estos grandes objetos. La fe, por tanto, es meritoria en toda la extension de la palabra.

CAPITULO V.

GRACIA QUE SOSTIENE Y FECUNDA LA FE.

Sea que consideremos al hombre durante ese cortísimo periodo de la vida en que no tiene libre y expedito el uso de su razon; sea que atendamos al estado que guarda cuando sus facultades internas han tenido ya el desarrollo suficiente para darle la ciencia y la deliberacion, que constituyen nuestros actos humanos; jamas encontrarémos en él todos los recursos que exige la profesion de la fe, si hemos de atenernos exclusivamente á sus fuerzas naturales. En el primero de los periodos referidos, el hombre se halla en la mas absoluta impotencia, parece que solo cuenta con sus instintos; y aun en el órden puramente físico pereceria sin duda, sin el poder tutelar que preside á su infancia. El sin embargo tiene ya la fe, si está incorporado en el seno de la Iglesia. ¿De dónde le ha venido ese tesoro! ¿qué parte ha podido tener en su adquisicion! De Dios, y exclusivamente de Dios: porque si él es incapaz de proporcionarse por sí aun los mas fáciles conocimientos naturales, ¿cómo podria nunca lograr esa luz excelsa y divina, que no fueron parte á conquistar cuarenta siglos de razon y de filosofía!

Si consideramos al hombre, cuando ya dispone libremente de su razon, no es ménos cierto, que la adquisicion y conservacion de su fe la debe, lo mismo que el infante, á Dios exclusivamente, como el único que tiene la voluntad y el poder de comunicarla y sostenerla. Para reconocer la impotencia del hombre en la materia de que se trata, lo mismo es ver esta cuestion bajo el carácter negativo de la ineptitud absoluta de la infancia, que bajo el punto de vista positivo, que consiste en los obstáculos que oponen á la fe las tendencias exageradas de la razon y los arrebatos continuos de las pasiones. El hombre, naturalmente indócil, altivo, zeloso de su modo libre de pensar, amante de sus propias ideas, idólatra de sus sentimientos, es imposible que preste la debida sumision á la fe, miéntras no cuente mas que consigo mismo. Recórrase la historia de todos los errores que han afligido á la Iglesia por el espacio de tantos siglos, y se observarán tres circunstancias que bastan para fijar nuestras ideas: primera, el extremo de los vicios ha conducido á ciertos hombres á combatir los dogmas de la religion: segunda, el mismo efecto ha producido la independencia de la razon filosófica: tercera, ordinariamente han sido inútiles

todos los esfuerzos de la inteligencia ilustrada y sostenida por la fe, para reincorporar á los heresiarcas en el seno de la unidad católica. ¿Qué consecuencia inferir de estos hechos? que la fe es un don sobrenatural, considerado no solamente en la comunicacion de las verdades que encierra, sino tambien en la constante fidelidad con que prestamos nuestro asenso á estas verdades. Siendo un don sobrenatural, es debido exclusivamente á Dios, y es una obra de la gracia; pues la cooperacion humana, léjos de ser una causa eficiente de esta fe, debe considerarse nada mas que como una condicion que la gracia misma nos ayuda á cumplir. Concluyamos pues con Bergier, que "la fe es una gracia, " no solo porque Dios se da á conocer á quien quiere, sino " tambien, porque el beneficio de la revelacion seria inútil, " si Dios no ilustrase el interior del entendimiento, y no " moviese el corazon de aquellos á quienes se digna dirigir " su palabra." [1]

Por estas sencillas indicaciones puede venirse en conocimiento de cuán falsa era la persuasion de los semipelagianos, al sostener que el hombre podia tener por sí mismo disposiciones para la fe, y obtenerla de Dios en recompensa de una solicitud exclusivamente natural: pues la Sagrada Escritura nos enseña, que hasta el deseo de ser ilustrado por la gracia, lo mismo que la docilidad á la palabra divina, es ya un principio de esta gracia.

CAPITULO VI.

DE LA NECESIDAD DE LA FE.

El Santo Concilio de Trento dice en tres palabras cuanto pudiera apetecerse para tener evidentemente reconocida y dejar incontrastablemente sentada la necesidad de la fe en su mas grande extension y latitud. *La fe es el principio, el fundamento y la raiz de nuestra justificacion:* [2] he aquí en su expresion literal el texto á que aludimos. Se trata pues de nuestra justificacion, y con decir esto, se ha dicho todo: porque nuestra justificacion es nuestra plena felicidad, y nuestra felicidad es, no dirémos el primero y principal, sino el único y total objeto de nuestra existencia. Ya conside-

1 Diccionario teológico Art. FE.
2 Sess. 6.ª decr. de justif. cap. VIII.

remos al hombre en el órden de sus facultades naturales, ya en el órden superior en que le coloca la Iglesia, no hai para él una necesidad mas preciosa, mas urgente ni mas universal, que la de adquirir esa virtud que hace nacer, que apoya y consolida por último su justificacion. La fe pues, es absolutamente necesaria, como lo es para todas las cosas el principio de su ser, el elemento de su conservacion y el requisito de su perpetuidad. Pero oigamos á este propósito á uno de los primeros sabios de estos últimos tiempos, á cuyo talento analítico debemos el siguiente desarrollo que ha hecho del texto citado.

"La fe es el principio de nuestra justificacion. Ella es la que con su antorcha en la mano conduce al hombre por los caminos de la perfeccion, le hace recorrer la serie gloriosa de todas las virtudes cristianas, abriéndole la puerta del sagrado recinto donde residen. Allí le introduce, se las hace conocer; y derramando sobre ellas todo su esplendor, las hace brillar igualmente á la vista del hombre con la luz que les es propia y con la claridad que ella les comunica."

"La fe es el fundamento de nuestra justificacion: porque sobre ella está establecida, y en ella reposa y se afirma el edificio de nuestra salud. Sacudid esta basa fundamental, y veréis desmoronarse inmediatamente, y caer deshecho en ruinas, el edificio todo; pero que su basa permanezca sólida, el edificio entónces con facilidad será conservado, ó si experimenta alguna degradacion, será reparado con toda prontitud."

"La fe es la raiz de nuestra justificacion, de este árbol de vida que debemos cultivar con un esmero continuo: raiz profunda, que comunica á todas sus ramas y hace circular por todas ellas el jugo vivificador: raiz firme, que sosteniéndole con seguridad y fijándole con fuerza, le hace desafiar las borrascas y las tempestades: raiz fecunda que le enriquece con saludables y abundantes frutos, y que á causa de esto la llama el sabio[1] *raiz de nuestra inmortalidad*."[2]

Por lo demas, hallándose íntimamente ligada esta cuestion con las que deben seguir, reservamos para despues presentarla en su conveniente desarrollo, limitándonos por ahora á decir con la Sagrada Escritura,[3] el Concilio de

1 Sap. cap. XV. ℣. 3.

2 *La Luzerne*. Considerations, sur divers points de la morale chrétienne. *Sur la foi*, núm. 1.

3 Marc. cap. XVI, ℣. 16. Joann. cap. III, ℣ 18. cap. VIII. ℣. 14. II. Thessal. cap. , ℣℣ 8, 9 y 10.

Trento,[1] las declaraciones del clero de Francia,[2] y la voz de toda la Iglesia, que la fe no solo es un precepto sino tambien un medio ó requisito indispensable para conseguir la salvacion.

CAPITULO VII.

DE LA VERDAD.

Esta, como ya hemos repetido, es la basa fundamental de todo. La verdad, en su representacion intrínseca, es el ser, y por esto dijo San Agustin, que la verdad es lo que es: la verdad en su forma sicológica, en su forma objetiva, y para hablar sin frases, la verdad en el entendimiento, es la percepcion del ser, porque si la verdad en sí es lo que es, la verdad en el hombre será la percepcion de lo que es. Por esto los lógicos han definido la verdad: "la conformidad de nuestros juicios con las cosas tales cuales son en sí mismas." Pues bien, suprímase el ser existente y comprendido, y no queda ya sino la nada; y como la nada no puede ser el objeto de una idea, de un pensamiento, de una accion, &c. &c., la falta de verdad en sí importaria la falta de Dios, la falta de cuanto existe, de cuanto puede existir; y la falta de verdad en el hombre, importaria la muerte absoluta de su vida intelectual y moral.

Si pues la verdad es todo, ella es el fundamento de todas las cosas, de todas las instituciones, de todas las ciencias; si el hombre moral y social anda una carrera progresiva con el intento de conquistar el bien, sus progresos estarán en razon directa de las verdades que posee; y la posesion de ellas estará tambien en razon directa de los conductos que posea para adquirir las verdades. ¿Cómo se adquieren las verdades? Dejemos charlar á los filósofos, dejémoslos perder en sus sábias conjeturas sobre los sistemas críticos: en cuanto á nosotros, la verdad no puede saberse sino solo por la palabra, es decir, por una manifestacion íntima y completa del ser á nuestra alma. La palabra es una condicion tan indispensable de verdad, que la encontramos como un atributo esencial en Dios y en el hombre. En Dios la palabra es el Verbo; y el Verbo es Dios tambien: toda su existen-

1 Sess. 6.ª de justif. cap. III y VIII, can. 1.°

2 De 1700 y 1720.

cia se refleja en su Verbo, se trasmite por su Verbo; y por consiguiente, el Verbo es el espejo de Dios mismo, es la generacion de Dios, es Dios, es el Hijo de Dios.

En el hombre la palabra es la voz que clama en el fondo de su alma, es el anuncio íntimo de su propia existencia, el instrumento esencial de su discurso, el espejo en que se refleja él mismo, es el mismo hombre definido, declarado, trasmitido. Esta palabra interna correspondiente al alma, tiene una forma externa correspondiente al cuerpo; pero á un cuerpo animado, á un cuerpo que sirve á la inteligencia, al cuerpo del hombre que piensa y vive. Esta palabra, revelando la existencia de los seres físicos, se llama *sensacion;* revelando los sentimientos internos, se llama *conciencia;* revelando la accion del pensamiento cuando compara, reflexiona y pronuncia sobre la conveniencia ó discrepancia de las ideas, se llama *juicio;* poniendo en comunicacion á los seres racionales, se llama *idioma;* hablando á la vista de los ausentes para trasmitir los acontecimientos ó los pensamientos de lugar á lugar, ó á la posteridad de tiempo á tiempo, se llama *tradicion, historia, monumento.* Pero al través de estas diferentes formas se descubre una idea fundamental, la idea de la palabra.

Mas la palabra, por cuanto trasmite la verdad, esto es, los seres y sus modificaciones, es una luz y un poder: luz, cuando franquea los horizontes de la existencia; poder, cuando realiza el pensamiento afectando al hombre moral. Mas el poder de la palabra está en razon directa de su orígen; y como hai una palabra de Dios y una palabra del hombre, ella tiene un doble carácter, una doble forma, un doble poder, lo divino y lo humano. Estando pues la luz y el poder de la palabra en razon directa de su gerarquía, es claro que la palabra de Dios atesora la verdad universal y absoluta, miéntras la palabra del hombre solo contiene la verdad particular y relativa. Si estos dos seres no estuviesen relacionados entre sí bajo ningun aspecto, la palabra humana no podria salir del estrecho límite de las revelaciones naturales; pero como el hombre ha sido hecho por Dios, la palabra humana puede elevarse al rango de la luz divina, y encumbrar la inteligencia de los mortales hasta la contemplacion de los misterios de Dios.

Infiérese de aquí, que cuando el hombre cuenta solo con su palabra propia, limita sus conocimientos á solo el órden humano y mui mal comprendido; mas cuando cuenta con la palabra divina, cuenta con la verdad sobrenatural, se acerca á Dios con la inteligencia y descubre todas las formas de la

verdad humana. Mas la palabra divina nos habla de dogmas, de misterios, de arcanos impenetrables, de destinos infinitos; saca nuestras ideas del número y de la medida del tiempo, y eleva nuestras concepciones al pensamiento de la eternidad. Ahora bien, el asenso á la palabra humana constituye la razon; el asenso á la palabra divina constituye la fe; y como estas dos palabras no son incompatibles, tampoco lo son sus revelaciones, y el hombre, por lo mismo, puede poseer la verdad bajo la forma de la ciencia, y bajo la forma de la fe.

Poseer la verdad bajo esta doble forma, es conocerla en toda la extension posible. Luego el que solo cuenta con la razon, sabe algo; el que cuenta con la razon y la fe, lo sabe todo.

En el hombre todo es limitado, todo imperfecto, todo relativo; en Dios todo es inmenso, todo perfectísimo, todo absoluto. ¿Qué consecuencia inferir de aquí? Que la forma de la ciencia, como meramente humana, es limitada en su objeto, pues pocas cosas hai, y tal vez ninguna, que presenten un todo absolutamente demostrativo: la misma naturaleza física, tan dócil para franquearse á nuestra vista bajo sus bellas formas, para recrear nuestro oido con sus dulces conciertos, para ejercitar nuestra inteligencia con sus admirables fenómenos, como rebelde para permitir al filósofo penetrar en el secreto de sus causas mas generales, es un compuesto de luz y de tinieblas, brillante en lo exterior y desconocido en el fondo. No así la forma de la fe, porque la fe es el depósito de la revelacion que Dios ha hecho al hombre, y en clase de tal encierra la verdad absoluta: la forma de la ciencia, limitada al cortísimo número de sabios que la cultivan, no ha sido, no es, ni será nunca el patrimonio de los pueblos. ¡Desdichados ellos, si no tuviesen otro recurso intelectual que la ciencia! Mas la fe forma la fe, forma la verdad de Dios en el hombre, es de todos y para todos, la comprende el sabio y el ignorante. ¿Y por qué? Porque no se trasmite por el raciocinio, pero sí descansa en una autoridad infalible. Los pueblos no pueden creer al hombre sino de una manera mui limitada, porque nadie les responde de la infalibilidad del hombre; pero creen universalmente en Dios, porque saben que Dios no puede engañarse ni engañarnos.

Saquemos la última consecuencia. La fe encierra la verdad absoluta, la verdad universal, la verdad completa. Tales son las relaciones dogmáticas y científicas que existen entre la fe y la verdad.

CAPITULO VIII.

CONSECTARIOS DE LAS DOCTRINAS PRECEDENTES.

La fe y la razon son dos medios de adquirir la verdad; pero no contienen verdades diversas. La verdad es una, simple, indivisible, infinita, eterna como Dios. Ella comprende la posibilidad y la existencia. La existencia misma viene á refundirse metafísicamente en la posibilidad: porque la posibilidad es la razon de la existencia, su ser elemental. La posibilidad, esto es, la conveniencia de los atributos esenciales, ha existido y existirá siempre: ella no puede haber tenido principio, no puede tener fin. La posibilidad es pues la existencia eterna é infinita en el pensamiento: la posibilidad está en la mente de Dios: como el poder está en su voluntad, la existencia está en Dios, y como el ser se identifica con la verdad, la verdad está generalmente en Dios.

Ser de los seres, él es la causa; fuera de él no hai mas que efectos. Siendo ser de los seres, es verdad de las verdades, ó lo que es lo mismo, fuente única de verdad.

Esta se versa en el órden sobrenatural y en el natural; pero como ambos órdenes vienen de Dios, en uno y otro sentido la verdad viene de Dios; y en consecuencia sin Dios el hombre no conoceria ni aun la verdad natural. En el órden físico la verdad natural es la existencia de los seres que afectan los sentidos. Esta existencia viene de Dios; el hombre puede conocerla en su pensamiento; pero el pensamiento hijo del alma, y el alma hija de Dios, coloca tambien en el mismo punto la causa de los medios para conocer la verdad física. En suma, Dios es la fuente de la verdad en sí y de la verdad en el alma, porque es el Autor de los seres y de la razon.

La verdad en el órden sobrenatural es inaccesible en su fondo á la razon humana; pero puede venir á ella cubierta con sus velos eternos, aunque anunciando su orígen y su carácter. En este caso la verdad sobrenatural prueba su existencia de un modo natural, pero sin descubrir su fondo. El hombre sabe evidentemente, con evidencia metafísica y física, sabe de un modo filosófico que Dios habló, y habló tal ó cual cosa; y esto le basta para recibir en su alma la palabra divina, aun cuando sea incapaz de comprender todo lo que ella encierra. En este caso se obra un fenómeno en alto grado maravilloso: el alma retiene la palabra de Dios

como palabra de verdad, como verdad suma, como verdad infalible; la retiene con toda su fuerza espiritual, y se adhiere á ella con toda la intensidad de su pensamiento; pero la retiene sin levantar su velo, sin penetrar su fondo, sin dominar con la inteligencia todo lo que en sí contiene. La fuerza de retentiva está representada por la creencia; la falta de comprension es una negacion de vista. Luego el hombre retiene la verdad sobrenatural creyéndola sin verla: he aquí la Fe. Como la nocion radical de la fe no está en el objeto sino en el modo, para que haya fe basta creer lo que no vemos; y como esto puede suceder en el órden natural y el sobrenatural, aun las cosas que son del resorte del raciocinio, pueden aparecer en el alma bajo la forma de la fe; aunque esta fe, si se funda en la palabra del hombre, será *humana* como ya dijimos, á diferencia de la *divina*, que está fundada en la palabra de Dios.

Viceversa, los objetos de la fe divina pueden algunos serlo de la demostracion, porque hai dogmas que se comprenden y dogmas impenetrables. ¡Cuando lo serán? Cuando las revelaciones de la fe puedan dar el mismo resultado que las demostraciones de la filosofía. La verdad, por ejemplo, que nos manifiesta la existencia de Dios, puede creerse por sola su palabra y puede verse tambien al esplendor de la evidencia de un raciocinio inductivo.

La diferencia pues entre la fe y el raciocinio, importa una distincion real, no entre las verdades, sino entre las formas con que subsiste la verdad en el entendimiento. Y como estas en último análisis son las demostrativas y las tradicionales, resulta que la verdad tiene al mismo tiempo la forma de la ciencia y la forma de la fe; porque puede asentirse á ella por la demostracion y tambien por la palabra. Como la forma de la ciencia presupone un gran desarrollo en las facultades intelectuales, ella no es ni puede ser la forma universal de la verdad en el hombre: porque la ciencia figura con un carácter excepcional en la historia del espíritu humano. Luego la forma social de la verdad es la fe, divina ó humana; pero siempre fe, siempre creer lo que no se ve, siempre creer tradicionalmente por palabra de Dios, ó por palabra del hombre.

La palabra exclusivamente humana no lo dice todo; porque el entendimiento del hombre no lo sabe todo: luego la fe humana es limitada en sus objetos. La palabra del hombre no siempre dice lo que sabe como lo sabe; á veces desfigura sus propios conceptos para seducir á la multitud, de buena ó de mala fe, porque puede engañarse á sí mismo, y

propalando sus errores, engañar á los otros sin pretenderlo: y puede tambien de intento propagar imposturas ocultando la verdad que sabe. Luego la fe humana es no solamente limitada en sus objetos, sino confusa, falible, precaria: luego ni el raciocinio ni la fe puramente humana pueden trasmitir al hombre y establecer en su alma la verdad pura, completa, universal.

La palabra de Dios es por lo mismo la única que puede comunicar la verdad con estos caracteres, porque Dios es incapaz de engañarse ni engañarnos: luego la fe divina en primer lugar dilata los horizontes de la existencia y de la verdad á los ojos de la razon, le comunica la verdad absoluta, la conserva en posesion de ella sin temor de que se disminuya, oscurezca, confunda ó acabe; porque le da la seguridad esencial, la única que puede haber, la única infalible, la que se funda en la palabra de Dios. La filosofía derrama todas las evidencias extrínsecas sobre esta palabra; y el hombre, quiera ó no, la reconoce como divina; porque tiene argumentos infalibles y evidentes de que Dios puede hablar, habló y reveló tal ó cual cosa. Una vez reconocida la palabra divina en el fondo de la razon, la fe se presenta con sus velos á la razon misma y con aquella actitud propia de su orígen y de su excelencia, le dice al hombre: *Adora y calla.*

ARTICULO SEGUNDO.

DE LA ESPERANZA.

Las altas revelaciones de la fe tienen no solamente un carácter de evidencia extrínseca y de seguridad intrínseca que hace descansar la razon y que fija sus ideas, sino tambien un carácter positivo, una tendencia real á la accion y al bien: no son verdades especulativas, sino esencialmente prácticas, porque Dios nada hace sin razon ni sin conveniencia; y por consiguiente no nos ha revelado tales ó cuales dogmas sino como otros tantos medios para que lleguemos á nuestro último fin. No podemos por lo mismo poseer el conocimiento de esos dogmas sin persuadirnos evidentemente que hemos nacido para Dios, por voluntad de Dios mismo, y en consecuencia, que poseemos los medios para llegar á nuestro fin y conquistarémos la suprema felicidad, si ponemos en práctica estos medios. Esta persuasion engendra en el

alma un sentimiento determinado por la fe, el cual nos hace aguardar, segun la promesa infalible de Dios, la omnímoda, plena é inamisible posesion de la verdadera felicidad: he aquí determinada ya, bajo su carácter dogmático, la esperanza cristiana. Ella pues se deriva de la fe, y produce un poder de movernos á la ejecucion de las condiciones que Dios ha puesto á nuestra felicidad. Sin embargo, es necesario determinar con exactitud estas ideas, fijando los caracteres de la esperanza é indicando sus relaciones con el poder humano.

CAPITULO I.

NOCION CATOLICA DE LA ESPERANZA.

Defínese la esperanza: "una virtud teologal é infusa, por la que esperamos de Dios con confianza el auxilio de la gracia en esta vida, y la eterna felicidad en la otra.

Puede haber fe sin *esperanza;* pero no puede haber *esperanza* sin fe: ¿cómo esperariamos lo que no creemos? Tambien San Pablo dice, que la fe es el fundamento de la esperanza. Los teólogos llaman *esperanza informe* á la que no está acompañada de la caridad, y puede hallarse en los pecadores; y *esperanza formada,* la que en los justos está perfeccionada por la caridad.

El efecto de la *esperanza* cristiana no es darnos una certidumbre absoluta de nuestra santificacion, de nuestra perseverancia en el bien y de nuestra glorificacion en el cielo, como quieren los calvinistas, segun la decision de su sínodo de Dordrecht; sino el inspirarnos una firme confianza en la bondad de Dios, en los méritos de Jesucristo y en los auxilios de la gracia. Esta *confianza* en nada perjudica á la humildad que Dios nos prescribe, ni al temor de nuestra propia debilidad.

Estas sencillas ideas nos manifiestan con toda claridad, que la esperanza divina tiene caracteres mui singulares que la distinguen y separan notablemente de la esperanza humana. Por haber confundido estas dos cosas, han pretendido algunos filósofos, que la esperanza teologal excluye el temor; siendo así, que una exclusion semejante se halla en abierta pugna con los documentos de las sagradas letras y aun con el carácter mismo de nuestra fe. Por esta creemos en un Dios infalible en sus promesas lo mismo que en sus